

EL SUEÑO DEL INDIANO: JARDÍN PRIVADO, JARDÍN PÚBLICO

XLII Congreso de la Asociación Española de Parques y Jardines Públicos

Ignacio Somovilla

Oviedo, marzo 2015

De pequeño, llegaban todos los veranos con asombrosa puntualidad, los “primos de Puebla”... unos familiares que habían emigrado a esta bella ciudad mexicana hacía un par de generaciones y se habían enriquecido en negocios diversos. Era una familia numerosa, llegaban en un Mercedes familiar y antes o después de aparecer por Asturias habían estado en Madrid “de compras”, y quizás luego se iban a viajar por Europa. En mi infancia en blanco y negro, aquellos aires de cosmopolitismo y sofisticación, de primas rubias, cuadros escoceses y viajes transoceánicos fueron mi primer contacto inconsciente con el fabuloso mundo de los indianos.

Han pasado ya unas cuantas décadas y quizás ya tengo más información, o más criterio, para colocar ese fastuoso mundo en otro lugar de la estantería de los recuerdos y de la historia. Lo que constituyó un auténtico drama social – igual que sucede hoy en día con la gente forzada a emprender el camino allende de las fronteras- fue edulcorado y minimizado en su momento -sigue haciéndose- convirtiendo la gigantesca y trágica sangría de población en una aventura poco menos que pintoresca y exótica, mutando la parte en el todo de un mundo feliz.



La pregunta sobre el origen de tamañas fortunas que hoy es obligada fue suprimida a la hora de hablar de los indianos, reduciendo el fenómeno hasta insultantes simplificaciones: habían trabajado duro, consecuentemente se habían hecho ricos y eso bastaba. Luego, un buen puñado de obras benefactoras en sus lugares de origen, acallarían las improbables voces discordantes.

Por otro lado, se fijó la atención en un pequeño porcentaje de la población total que se vio obligada a emigrar, ignorando, menospreciando y condenando al olvido, a todos aquellos que con menos fortuna o más honradez, no consiguieron reunir las fabulosas sumas que les permitieron volver y dejar constancia de su rutilante éxito.

El indiano cuando dejaba atrás las costas asturianas, embarcado rumbo a un futuro incierto, soñaba con volver y, enriquecido, construir su paraíso en la tierra. Los indianos necesitaron dejar la huella de su triunfo y que mejor forma que construir maravillosas villas con jardines acordes a su nuevo estatus. Y después de su jardín privado regalaron a sus convecinos escuelas, fuentes, boleras... y jardines públicos, espejo deformado del suyo particular.

El mero concepto de “arquitectura india” ya es de por sí mismo muy sugerente, y no exento de polémica ya que viene dado por el único requisito de haber sido costeado con dinero procedente de América, sin que encuentre este origen ningún cauce estilístico uniforme, sino todo lo contrario, produciéndose un amplio repertorio artístico. Los ejemplos los encontraremos en toda Asturias, con desigual densidad según los concejos. No fue tampoco un fenómeno exclusivo de Asturias, sino que se reprodujo con similares parámetros en Castilla, Cantabria, Galicia, Canarias, Cataluña...

Quizás podríamos preguntarnos si existe realmente tal categoría, si existen los jardines de indianos. Para ello les propongo el sencillo juego de intentar clasificar las siguientes imágenes como obras indianas o no.



Como han podido apreciar en el conjunto de imágenes, en las que se mezclan villas y jardines “indianos” junto a otros que no lo son (la primera fotografía), es imposible distinguirlos. Pero como no quiero acabar abruptamente la presente conferencia, sino llevarla a buen puerto, recurro al mundo de las clasificaciones “atípicas” y al célebre Umberto Pasti¹. Yo también encuentro excitante romper las tradicionales divisiones manejadas por la historiografía habitual, que siempre tira de cronologías y compartimentos estancos de estilos, dándole a las obras de arte otro tipo de clasificación que nos obliga a dejar las cuestiones meramente formales e ir más allá, a bucear en el quien, en el por qué, en el cómo... a adentrarnos en el alma de las cosas. El señor Pasti, nos habla en su libro “Jardines: los verdaderos y los otros” de una nueva clasificación, de una nueva forma de mirar los jardines basándose en “el carácter” o la idiosincrasia de su creador, pagador o incluso en su ubicación. Así tenemos el jardín del millonario, el del coleccionista, el de la maruja, el porno, el de gasolineras, de la rotondas etc. etc. De este modo, los jardines de indianos si bien no definirán formalmente un jardín si nos hablará de su trastienda, de su génesis, que al fin y al cabo es donde podemos encontrar la explicación del mundo.

APROXIMACIÓN A LA FIGURA DEL INDIANO

La emigración a diferentes países y colonias de América, durante los siglos XIX y XX, es considerada como uno de los acontecimientos de mayor transcendencia de la historia contemporánea asturiana. La arquitectura y los jardines que en numerosos casos la rodean, es uno de los símbolos imperecederos que encierra el valor de obra de arte y pieza clave para examinar la sociedad y los elementos antropológicos de esos tiempos.

En 1853 se produce la derogación de la prohibición de emigrar a las nuevas repúblicas americanas, que no hacía mucho se habían independizado en diferentes años y circunstancias de la metrópoli, a la vez que se establecían políticas que incentivaban la emigración². La paupérrima y convulsa España de mediados del siglo XIX -el fenómeno no fue, ni mucho menos, exclusivo de Asturias- vio de nuevo en América la posibilidad de nuevos horizontes, oscurecidos en la tierra natal. Las causas de este éxodo son diversas: escasa productividad del campo asturiano, lastrado por el tradicional minifundismo, el aumento de la población debido a los avances medico-sanitarios que redujeron, consecuentemente, los índices de mortalidad de esta época e hizo que el campo astur fuera incapaz de alimentar a todas sus bocas... También la emigración fue una puerta para eludir el servicio militar que, recordemos, en esta época duraba entre 3 y 7 años.



¹ Pasti, Umberto “Jardines: los verdaderos y los otros”, ed. Elba, Barcelona, 2014.

² Álvarez Quintana, Covadonga, “Indianos y arquitectura en Asturias (1870-1930) Colegio de Aparejadores y Arquitectos de Asturias. Gijón, 1989, pag. 44.

La emigración es, así, eminentemente rural, ya que las regiones de la incipiente industrialización daban empleo suficiente a sus vecinos. El perfil típico será el del campesino, pobre, varón, joven y de escasa formación. La dura vida laboral que tendrá que desarrollar para conseguir sus sueños hacen que la casi nula preparación no mejore mucho con el tiempo, produciéndose una vez enriquecido, un claro contraste en la nueva situación social y su formación cultural. Defecto que se irá subsanando en la generaciones posteriores que ya podrán acceder a una educación y refinamiento de primera clase.

Hablar de cifras es complicado, aunque algunas estadísticas calculan que entre mediados del siglo XIX y 1930 habrían dejado la región 330.000 emigrantes, un 40% de la población total.³

Muere el campesino, nace el indiano: América, tierra de promisión

Llegados a los diferentes lugares de América, los más afortunados contaban con el apoyo de familiares, amigos o vecinos que les ayudaban a su inserción en el mercado de trabajo. El joven asturiano empezaba como aprendiz en alguna de estas empresas, generalmente el ramo del comercio. La permanencia en la misma le obligaba a una gran lealtad y gran sacrificio, al mismo tiempo que durante algunos años el dinero ganado era retenido y devuelto en la madurez comercial, recibiendo a cambio manutención y alojamiento. El ascenso en el escalafón continuaría durante unos cuantos años, pasando de aprendiz a dependiente, contable, hasta que, en el caso de ganada la confianza del patrón, era nombrado apoderado o incluso socio, momento que aprovechaba el dueño para retirarse a su localidad natal asturiana. Éste era el proceso bastante frecuente, aunque, por supuesto, no el único.



La idea fundamental era que la emigración era la forma de acceder a una serie de recursos que Asturias no le había podido proporcionar. Los primeros años eran duros, el sacrificio enorme y las diversiones escasas, siendo el trabajo y el consecuente ahorro el único objetivo.

La vuelta al terruño

Reunido el capital suficiente, objetivo único y último de la emigración se imponía el retorno. Este grupo de emigrantes triunfadores es ínfimo en comparación con el amplísimo contingente que abandonó Asturias. La aislada, pero muy visible, presencia del indiano enriquecido, no sólo eclipsó a quien había no había conseguido -por las razones que fueran- sino que lo convirtió ante sus propios familiares y vecinos en un auténtico fracasado. De hecho, casi se descartaba el regreso si el éxito no iba acompañado. En la propia sociedad de la época reinaba un juicio bien claro sobre aquellos que no habían sido capaces de cambiar la condición social originaria ni la de su familia más cercana. Entre el abundante cancionero popular hay una copla muy conocida que habla de “Ramonzón el de la Panera”, una canción burlesca que explica la historia de Ramonzón, quien a los diez años de haber emigrado escribe a sus padres comunicándoles que venderá el negocio y que volverá a casa; ante la esperada noticia los padres comunicaron al pueblo que volvía el hijo triunfante... al llegar Ramonzón lo único que almacenaba en su maleta era una contagiosa sarna, símbolo de la suciedad y pobreza más absolutas.

Ramonzón de la panera

Fay diez años que marchó
Ramonzón de la panera
y a sus padres escribió
diciendo desta manera:
Queridos padres sabeis
lo que pienso nesti instante?
Voy a vender el negociu
que pa mí tengo bastante.
Los padres de Ramonzón
dixieron llenos de gozu,
va a venir el nuestro fíu
que ye ricu y poderosu
Cuando llegó Ramonzón
en vez de traer dineru
lo que trajo fue un sarnazu
que apestó al conceyu enteru.

Si, por el contrario había conseguido algo más que la contagiosa sarna, si había acumulado un mínimo capital que le permitía volver con la cabeza bien alta, pasaba automáticamente a engrosar la fila de los indianos o americanos. Recibido con grandes honores y veneración, aquel joven paleta regresa ya en edad madura, con un buen traje de paño y unos modales que denotan que aunque haya estado encerrado trabajado las últimas décadas, al menos en los escasos paseos por La Habana Buenos Aires, México... -todas grandes urbes en comparación con la diminuta aldea asturiana dónde se crió- algo ha visto de mundo.

Pedro Morante, en su novela “Pasión” nos hace un buen retrato de este nuevo personaje:

*"...Era un indiano. Todo en él lo declaraba: el traje negro y limpio, de buen paño y de tosca hechura, el cuello blanco y almidonado; la corbata negra y el negro sombrero de fieltro; las botas relucientes, bien embetunadas. Y la moneda de oro, que de la cadena del mismo metal pendía. Y ese aspecto general, inconfundible, que es como sello patronímico de la americana tierra, sobre la que estos hijos de España vieron pasar, acumulando riquezas, la mayor y aun la mejor parte de su vida..."*⁴

Sin embargo, no todos los autores caían rendidos a las bonanzas del indiano. Representativo de los críticos es Armando Palacio Valdés, quien en su obra “El Maestrante” (1893) realiza la siguiente descripción del indiano Don Santos, apodado el Granate:

"...Había llegado pocos años hacía de Cuba donde cargando primero cajas de azúcar y luego vendiéndolas se enriqueció. Vino hecho un beduino, sin noticia alguna de los que pasaba en el mundo, sin saber saludar ni proferir correctamente una docena de palabras, ni andar siquiera como los demás hombres. Los treinta años que permaneció detrás de un mostrador le habían entumecido las piernas. Marchaba tambaleándose como un beodo. El color subido de sus mejillas era tan característico, que en Lancía, donde pocas personas se escapaban sin apodo, le designaron al poco tiempo de llegar con el de Granate. En medio de la miseria, le gustaba dar en rostro con las riquezas que poseía. Edificó una casa suntuosísima, trajo mármol de Carrara, decoradores de Barcelona, muebles de París, etc. Y sin embargo, a pesar de las sumas que en ella gastó, al saldar la cuenta del clavero se empeñaba en que descontase del peso el papel y las cuerdas en que venían envueltas las puntas de París!

Enriquecido, la inserción del indiano en la burguesía regional será el siguiente paso inevitable. La burguesía española en general, desechó desde el principio posiciones radicales o revolucionarias, entregándose a los mullidos cojines de la aristocracia, aunque las diferencias entre ambos estamentos sociales pronto se dejaron sentir. El pasado noble y las posiciones heredadas se enfrentó -en una cuestión de formas, sobre todo- con el poder del dinero y de la aventura empresarial, lemas de la plutocracia. De igual manera que la primera hizo de la sobriedad, nivel cultural y gusto exquisito sus lemas, la segunda cayó rendidamente admirada y deseosa de alcanzar tales niveles de refinamiento.

4 Cit. Por Gracia Noriega, J.I. “Los indianos en la literatura” BIDEA, 123, Oviedo, 1987, pag. 1005

Una escasa docena de indianos conseguirán alcanzar lo más alto del escalafón mediante la concesión de títulos aristocráticos. Sus méritos eran resaltados por sus fabulosas fortunas que “ayudaba” a la concesión de marquesados y condados por parte de Alfonso XII, su viuda la Reina Regente María Cristina y el hijo de ambos Alfonso XIII, continuamente necesitados de mecenas que pudieran financiar las siempre sedientas arcas de la Corona.

Al indiano regresado ya sólo faltaba formar una familia. De nuevo nos encontramos con patrones que se repiten con frecuencia, como el de buscar esposa -generalmente mucho más joven que él- dentro de su propio pueblo y muchas veces dentro de la propia familia, con lo que las bodas con sobrinas no son nada infrecuentes.



La literatura, ya hemos visto, se ha ocupado del indiano de forma amplia y variada, lo que muestra la trascendencia que tuvo esta figura en la sociedad asturiana del momento.

*Para medir a un indiano
los números vanos son;
cuenta llevarás razón
las arrugas de su mano
la plata en su pelo cano
y el oro en el corazón⁵*

El rasgo más tópic y reconocido ha sido el de su filantropía, individual o colectiva. Un conjunto de obras y acciones de variada índole, llevadas a cabo, sobre todo, en sus respectivos lugares de origen.

Varios son los motivos que llevan al americano a realizar estas obras benéficas. Desde el más egoísta como es el hecho de que cualquier obra que se realice en el lugar donde ha construido su gran vivienda, principal o de veraneo, redundará en su propio beneficio. También está el ansiado deseo de reconocimiento de convecinos y parientes que le vieron partir pobre; este necesario deseo de gratitud encontró el mejor camino en el mecenazgo de escuelas, carreteras, cementerios, reparación de iglesias, pequeños hospitales, alcantarillada, fuentes, lavaderos...todo ello sin querer obviar el deseo sincero de contribuir a mejorar las calidades de vida de los vecinos de su pueblo.

ARQUITECTURA DE INDIANOS: LA CONSTRUCCIÓN DE UN HOGAR

Instalado en su lugar de origen o en las capitales asturianas o españolas, pero siempre manteniendo vínculos con la tierra natal, el indiano empleará buena parte de los recursos obtenidos en la construcción de su morada, bien sea de nueva planta o mediante la reforma de la casa familiar. Las casas de indianos serán, de esta manera, el exponente más visible del éxito de la aventura americana.

De nuevo nos confrontamos con el común denominador del origen sociológico del comitente, ya que el lenguaje artístico será diverso, aunque casi todos los ejemplos se alejarán de la modesta arquitectura popular vernácula, lo que implicará un choque frontal con la hasta entonces forma de construir y su imbrican en el paisaje. Es de imaginar el impacto que fue causando la progresiva aparición de estas mansiones en un paisaje rural donde sólo destacaba la iglesia o, si acaso, la casona solariega.

5 Cué Romano, Ramón “El indiano, embajador de España”, Santander, 1950.



La villa será el prototipo residencial de mayor rango; es entendida como una forma saludable, higiénica y bucólica, como la mejor forma posible de la vida doméstica y también válida para realzar el sistema de relaciones públicas que en ella se establecían. En las antiguas colonias americanas, el modelo de casa unifamiliar rodeada de jardín llegó a través de Francia e Inglaterra, principalmente. De nuevo, el indiano, reproduce en su afán imitativo y de aspiración social el modelo que ya venía siendo usado por la burguesía patria. Tiene claro que la casa tiene que construirse en su aldea natal. Conseguir buenos terrenos no es problema, ya que en pleno campo lo que sobran son antiguos propietarios dispuestos a sacar algún rendimiento a fincas hasta ese momento carentes de gran valor.

Intentar reducir a un sólo modelo de casa resulta difícil pero normalmente la villa se sitúa en el centro de grandes fincas, con dos o tres plantas en las que desarrollar y combinar sus actividades públicas y privadas. Numerosos son los lenguajes arquitectónicos empleados: neoclasicismo, pintoresquismo, historicismo, eclecticismo, modernismo, regionalismo, decó... En este sentido no se produce -contrario de lo que pudiera pensarse- de una "americanización" de la casa, más bien lo opuesto, se echa mano de la variada gramática constructiva que en ese momento imperaba en Europa. Incluso se aprecia una tendencia claramente regionalista en numerosos edificios. Curiosamente será el regionalismo montañés, oriundo de Cantabria, el que tendrá gran eco y repercusión entre los indianos. La influencia colonial, queda reducida a algunos elementos y soluciones formales que se funden con el resto de opciones estilísticas, como puede ser el frecuente porche, tan querido por el mundo colonial.

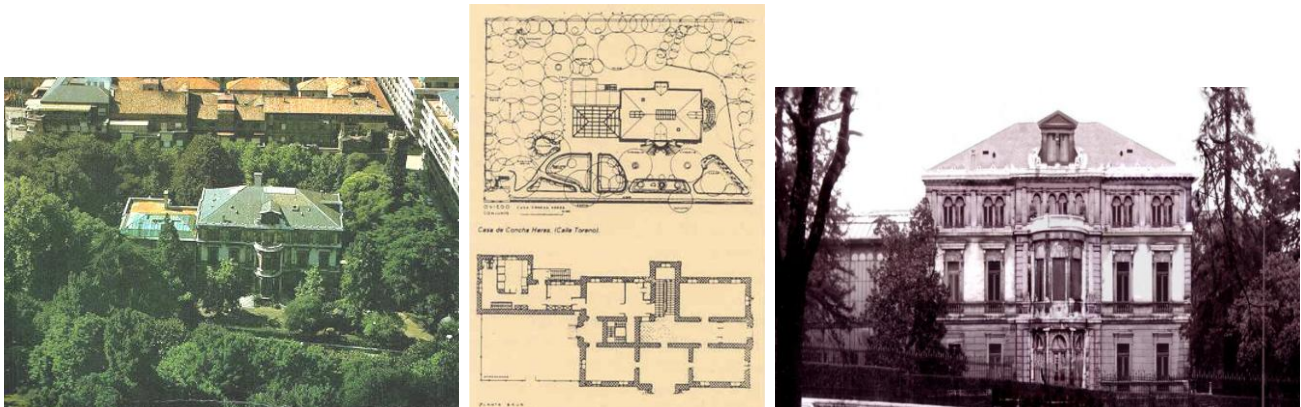
EL JARDÍN PRIVADO

El jardín resultará el complemento casi inherente a la villa residencial, bien como jardín exclusivamente placentero, bien combinándolo con explotaciones agrarias y ganaderas, en un modelo que se puede rastrear en las villas italianas del Renacimiento y remontarse hasta las villas campestres romanas. En Asturias la tradición jardinística venía representada por los antiguos jardines de las casonas solariegas, de tradición barroca, aunque modificadas con la incorporación del jardín a la inglesa, que sirve de transición y se funde con el paisaje circundante.

El jardín placentero

El tristemente desaparecido Chalet de Concha Heres (enfrentado al parque San Francisco de Oviedo y ocupado hoy por la delegación del banco de España) constituye uno de los mejores ejemplos de la villa indiana, urbana y con un precioso jardín (del que queda alguna especie arbórea en la finca que rodea al banco) poseedor de un gran invernadero, cenador, pérgola...⁶

En la casa de Concha Heres se fusionan los dos estilos más comunes en jardinería: el parque a la inglesa y el jardín formal francés. Éste último quedará circunscrito al espacio delantero y a los espacios que dan la bienvenida al visitante. En general, el resto de la finca suele configurarse con praderas y masas de arbolado y arbustos.



Otros magníficos ejemplos de este modelo del jardín placentero, en diferentes estados de conservación los constituyen: Villa Excelsior y Villa La Argentina, en Luarca, el Chalét de Doña Socorro, en Figueras (Castropol), Quinta Jardón, en Coaña, la Torre de Villademar, Cudillero, Las Baragañas y El Encanto, ambos en Villaviciosa, la Quinta Guadalupe en Colombres, el chalét de García-Sol en Gijón etc. etc.

Las especies que pueblan los jardines de indianos suele en general repetirse. Magnolios, araucarias, cedros, castaños de Indias, laureles, variedades de hayas diferentes de las autóctonas, tuyas... siguiendo una moda que se extendía no sólo al colectivo indiano, sino a toda la burguesía que en Europa estaba haciendo jardines.

Dentro de esta variedad destaca la palmera, habitualmente ligada a los jardines de indianos. Muchísimas casas adornaban sus vergeles con las características palmeras, pero no nos sirve para identificar automáticamente una casa de indianos. De este modo, construcciones realizadas en zonas de montaña o lugares fríos del interior carecen de ellas. De igual modo, la palmera es parte integrante del catálogo de especies “exóticas” que adornaron buena parte de los jardines del siglo XIX europeos, indianos o no.

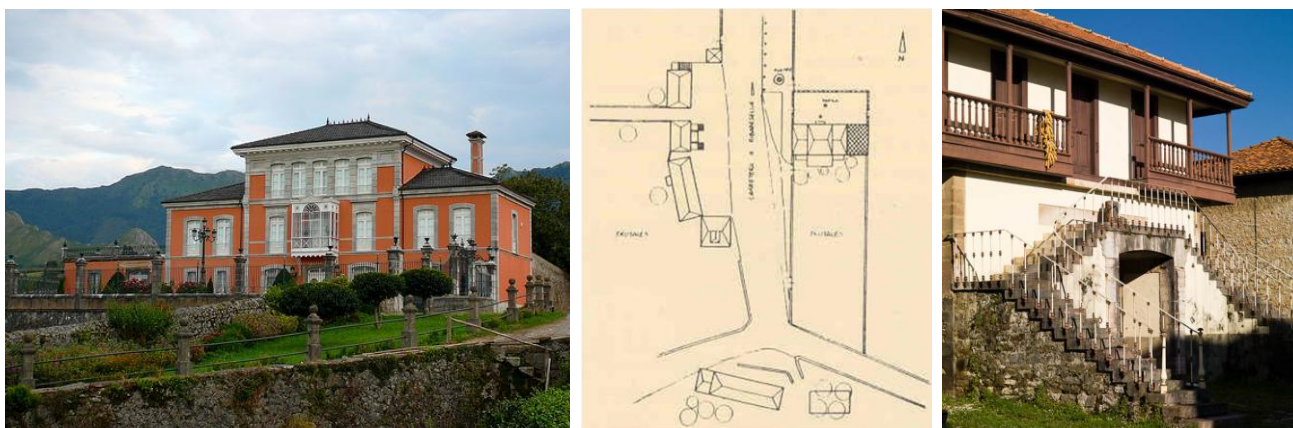
6 Bermejo, Carmen “Concha Heres: historia de una mujer en América” dentro de la obra “Arte, cultura y sociedad en la emigración española a América” edición de María Cruz Morales Saro y Moisés Llordén Miñánbres, Universidad de Oviedo, servicio de publicaciones, Oviedo.

El jardín productivo

La unión del origen residencial con la de unidad de producción conforma un modelo de larguísima tradición. Ya hemos hablado de los antecesores directos en la villa renacentista, modelo que la casona solariega asturiana se había encargado de perpetuar y transmitir, y que constituye el prototipo doméstico más cercano, y cuyo origen más antiguo podríamos buscarlo en las villas agrícolas romanas.

El interés de los indianos por este modelo, explica el deseo del emigrante de continuar con el medio de vida de sus padres, e incluso el suyo antes de embarcarse en la aventura americana. Su regreso al lugar de origen está marcado por una notable mejora. Ahora será propietario de la casería, formada por una buena villa, dependencias anexas (hórreo, cuadras, pajares, casa de caseros...) A pesar de que el retorno de los primeros indianos coincide con el despeque industrial asturiano, no será éste el terreno preferido para sus inversiones.

En la finca llamada **La Piconera** (Ribadesella) nos encontramos con un ejemplo de esta combinación residencial y de explotación agropecuaria. La Piconera era una gran extensión inculta situada en la margen izquierda de la ría del Sella. Adquiridas estas fincas a bajo precio, todos los esfuerzos del emigrante Manuel Martínez se centraron en convertirlas tierras fértiles y productivas.



La morada del indiano se alzó sobre una de las fincas adquiridas y siguió, más o menos, los parámetros habituales: una monumental casa, una no menos magnífica y artística verja de cierre a la que precede una plazuela particular pavimentada y provista de farolas y una fuente decorativa que enaltecen el conjunto. El jardín placentero se sustituyó en la parte trasera de la finca por una huerta de frutales.

Frente al espacio de vivienda del propietario y al otro margen de la carretera se construyen panera, granero, cuadras y casas para los colonos. Un poco más alejado aparece otro conjunto integrado por más cuadras, pajares y vivienda de otra familia de criados. Todas estas construcciones se trazaron dentro de los esquemas de la arquitectura popular, mejoradas por un cierto “pintoresquismo”, para no restar prestancia a la gran casa principal. Todo lo contrario, le conferían un aire “típico”, siguiendo una moda que ya había sido ensayada más de un siglo antes con gran éxito en el mítico “hameau” de Maria Antonieta en Versalles. La aspiración de este indiano se vio colmada y transformó las antaño yermas tierras en un mundo ideal, al menos para él, ya que era tan conocido por su gran actividad como por la poca estimada que le profesaban sus convecinos y colonos⁷. Nos imaginamos que el proceso de consecución de su fabulosa fortuna implicó también el olvido del durísimo entorno de sus padres y familiares, decidiéndose a aplicar iguales condiciones de vida miserable a sus empleados y trabajadores.

Ejemplos destacables de modelos mixtos son también la finca Jardón en El Franco, el palacio del marqués de Argüelles en Villanueva de Pría (Llanes) la Casa Toraño en Villamayor (Piloña) etc. etc.

EL JARDÍN PÚBLICO

Los indianos dentro del variado repertorio de obras filantrópicas que ya hemos ido mencionando (escuelas, hospitales, alcantarillado, traídas de agua, centros de beneficencia...) dejaron también una notable huella en el "espacio público"... concepto amplio en el que incluiremos parques, plazas y plazuelas, cementerios, boleras, lavaderos, fuentes públicas, avenidas arboladas... al que también se podría sumar el ajardinamiento ocasional de algunos de los equipamientos enumerados anteriormente, en especial escuelas, hospitales y otros establecimientos asistenciales.

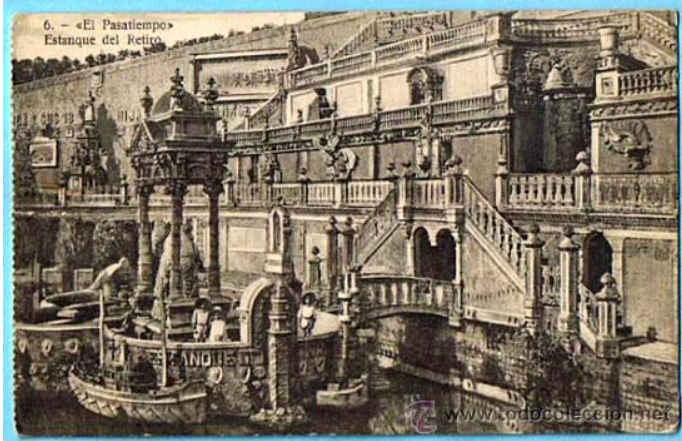
Este deseo de modernización de los pueblos natales, imitativo de las ciudades de mayor tamaño, resulta curioso en los casos en los que nos centraremos -plazas ajardinadas y parques públicos- ya que la función básica y primigenia de higienización y pulmón verde es totalmente superflua, en las pequeñas aldeas donde los espacios verdes son más que sobrados. Se entiende el Central Park de Nueva York- el gran paradigma del parque público- pero no el parque en medio de las vírgenes montañas asturianas. En cualquier caso, estos lugares se convertirán en nuevos espacios ordenados donde celebrar mercados, fiestas populares procesiones religiosas, juegos deportivos... Lo que si se logra es la mejora de la categoría del pueblo, acercándolo a los modelos más urbanos, y directamente mejorando la calidad de vida del indiano, cuya casa estaba allí, casi siempre muy próxima, sino directamente delante del superfluo espacio verde.

Tampoco estas creaciones benéficas tienen nada que ver con los fastuosos jardines privados de las villa indianas, optando por el sencillo formalismo, la tranquila alineación de arbolado (casi siempre plátanos de paseo). Se da también el curioso fenómeno de que muchos de estos parques acabarán albergando el monumento del pueblo agradecido al benefactor que lo había hecho posible y también recibiendo su nombre.

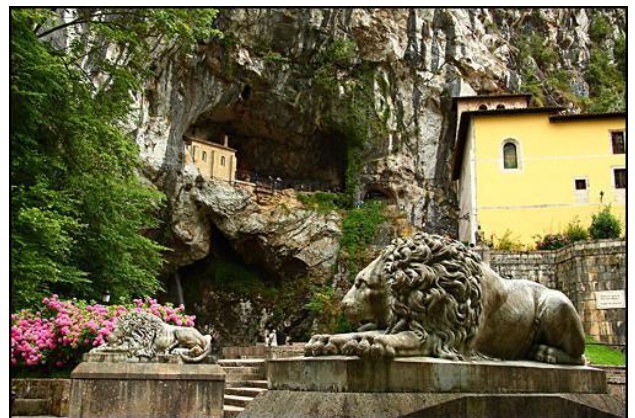
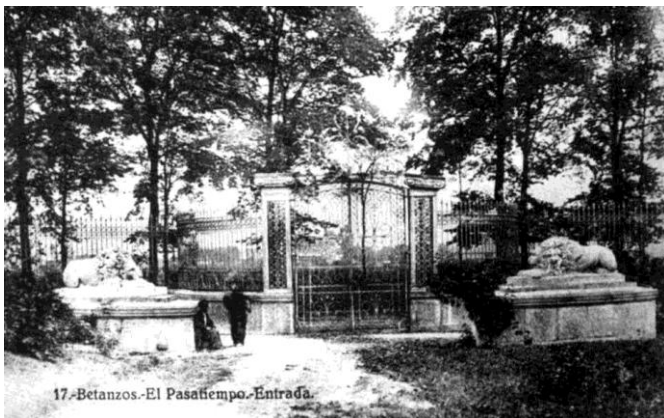
En Asturias no encontramos ningún ejemplo, ni de lejos parecido, al increíble y maravilloso caso de "El Pasatiempo", en la villa coruñesa de Betanzos. Este jardín, del que hoy sólo queda un ínfima parte (llegó a tener 90.000 m2) pero que nos sirve para darnos idea de lo que pudo suponer la totalidad del parque, fue la obra del indiano gallego Juan García Naveira, y suponía un magnífico conjunto de jardines, con atracciones de carácter enciclopédico, estatuas, fuentes, estanques y grutas.



Se han perdido fuentes como la de Neptuno o la Florentina, la avenida de bustos de emperadores romanos, la de los Álamos y su galería de literatos, el estanque de los Papas, el estanque japonés, el mirador chino, el laberinto... Si que se conservan, en cambio, las grutas del Hades - al parecer inspiradas en Bomarzo- o el curiosísimo árbol genealógico del capitalismo. Las fuentes que nutrían el imaginario de don Juan, responsable de los diseños, eran estampas conocidas de manuales escolares, postales, sus propios viajes (a París, Italia o Egipto) y sus muy personales reflexiones acerca de la vida.



Curiosamente, los leones de mármol que presiden la entrada al santuario de Covadonga provienen de este jardín, por lo que algo nos toca de lo que fue esta maravilla tristemente medio desaparecida.



Tampoco creo que tengamos, por fortuna, ningún ejemplo que reproduzca el macabro cinismo que empleó otro mítico indiano asturiano, José Menéndez -conocido como el rey de la Patagonia- al levantar el monumento a Magallanes (1920) en la arbolada plaza de Armas de Punta Arenas, en el extremo sur de Chile. En este lugar, el indiano avilesino, erigió una monumento al mítico navegante, y colocó a sus pies las figuras “folcloreizadas” de una serie de indígenas de diferentes etnias, que años atrás había ido aniquilando por el eficaz sistema de pagar un dólar por cada oreja que le fuera traída (al descubrir que le engañaban ya que le traían dos orejas de la misma víctima queriendo cobrar por dos indios asesinados, decidió que se le trajera la cabeza, que como todos sabemos sólo hay una)⁸.



A tal excelso curriculum se le añaden represiones brutales de anarquistas, matanzas de campesinos... pero bien, no quisiera cansar ahondando en el extenso horror del que se valió para cimentar su fabulosa fortuna y propiedades. El apelativo de rey le venía como anillo al dedo por algunos de los métodos que empleó en su larga vida, entre ellos, el de casar a su hija con el heredero de la otra gran familia rival de Punta Arenas, los Braun, formando así una de las grandes dinastías de Chile y Argentina, que aún hoy perviven. A pesar de sus frecuentes viajes a su tierra natal y constantes obras de caridad, no construyó villa ni jardín en nuestras tierras, aunque sí lo hizo en la tierra que tan bien le había acogido.

El célebre escritor inglés de viajes, Bruce Chatwin, narra estas historias en su no menos célebre libro “En la Patagonia” y cuenta el momento en el que los descendientes vivos de José Menéndez, en plena dictadura de Pinochet, inauguran el busto a su abuelo en la misma plaza⁹. El mira fijamente el monumento que él mismo había patrocinado unas décadas antes y hoy la sombra de los hermosos árboles, me imagino que proyecta un delicioso manto de olvido a la ética que hay detrás de la estética y permite a las nuevas generaciones de puntarenenses disfrutar de tan delicioso parque sin que sus entrañas se revuelvan ante la presencia bronceada de tan siniestro personaje.



No he realizado tamaño trabajo de investigación ético para relatar las trastiendas de los parques y plazas que ahora les relataré, por lo que podremos hacer un plácido recorrido por ellos, ensalzando sus virtudes estéticas y artísticas sin mayor temor ni incomodidad, ya que de momento no tengo la intención de convertirme en el Jordi Évole de los jardines.

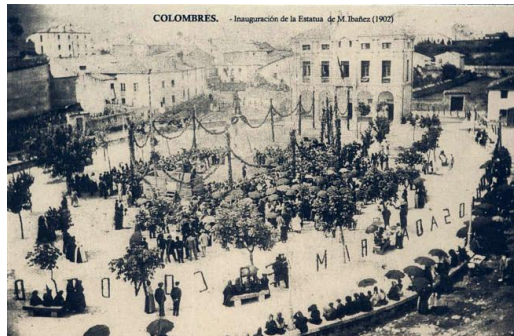
8 Chatwin, Bruce “In Patagonia”, Picador, London, 1977, pag 88.
 Giménez Hutton “La Patagonia de Chatwin”, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1999.
 Borrero, José María “La Patagonia trágica”, Ediciones Continente, Buenos Aires, 2003.
 Alonso Marchante, José Luis “Menéndez, rey de la Patagonia”, editorial Catalonia, Santiago de Chile, 2014.
www.elmostrador.cl/cultura/2014/08/13/el-genocidio-de-indigenas-en-el-sur-de-chile-que-la-historia-oficial-intento-ocultar/
 9 Chatwin, Bruce op.cit, pag 88.

Posiblemente una de las mejores plazas arboladas realizadas por la munificencia india sea la **plaza de Colombres** (1901). Colombres, para quienes no lo conozcan, es la capital del concejo de Ribadedeva, limítrofe con la vecina Cantabria, y que atesora un conjunto de obras indianas realmente destacable, más si tenemos en cuenta su pequeño tamaño (unos 1.300 habitantes). En Colombres destaca la famosa Quinta Guadalupe, fastuosa construcción realizada por el mítico Iñigo Noriega y sede actual del Archivo de Indianos; en su página oficial se glosa la biografía de éste indiano y entre sus múltiples logros está “la desecación del lago de Chalco del que haría una explotación agrícola, en la que trabajaban de 2.000 a 3.000 obreros”¹⁰ El lago se encuentra en Xico, un municipio de las afueras de la capital mexicana, y es uno de los lagos sobre los que se asentaba el imperio azteca. Lo que no explica la página es que la desecación del lago supuso el colapso del comercio de la región al destruir las islas artificiales (chinampas) de la ingeniería indígena que producían millones de toneladas de maíz y que eran la base de la alimentación de miles de personas. Este desastre sigue, hoy en día plagando la región con inundaciones, agua contaminada, subsidencia de la tierra etc. etc. toda una “hazaña” de destrucción ecológica y paisajística y consecuente marginación social. Tampoco explica que Iñigo Noriega se apropió del 24% de los terrenos con la ayuda de su ejército privado, usurpando y explotando los recursos naturales que pertenecían a las comunidades locales. De todo ello habla magistralmente la artista brasileña María Thereza Alves en su proyecto de investigación “El retorno del lago” (2012)¹¹, realizado para la última edición de Documenta (13), el gran evento de investigación artística que se celebra en la ciudad alemana de Kassel cada cuatro años.

Volviendo al bucólico pueblo asturiano, si la Quinta Guadalupe luce después de la prístina restauración en todo su esplendor -exterior e interior- no ocurre lo mismo con su gran jardín, del que no queda más que parte de su magnífico arbolado, su riachuelo saltarín y la pequeña gruta. Una vez más, los jardines son los grandes olvidados por las instituciones -públicas y privadas- cuando se trata de acometer su restauración fiel e histórica y en el mejor de los casos languidecen en un estado semiselvático, si no ha tenido la desgracia de mutar en aparcamiento, depósito de contenedores o solar edificable.

Pero no fue el que quizás hoy sea el hijo más famoso de la villa quien encabezó el patrocinio de la plaza, que por cierto se encuentra a la entrada de la quinta Guadalupe, sino un conjunto de convecinos, encabezados por las disposiciones testamentarias del indiano Manuel Ibáñez Posada¹².

La plaza de ligera forma ovalada, enfrentada al edificio del Ayuntamiento y lateralmente a la iglesia parroquial (ambas construcciones y reformas indianas) es un espacio curioso, rehundido con respecto al nivel de la carretera circundante, plantado con plátanos sobre una superficie de hierba y dotada de farolas y sencillos bancos de piedra. Es obra del arquitecto cántabro Pérez de la Riva, autor de otras obras para la comunidad india, marcadas por sus ecos neomedievales.



¹⁰ www.archivodeindianos.es/portada_intro.htm

¹¹ Alves, Maria Thereza “The return of a lake. El retorno de un lago”, Universidad Autónoma de México, México D:F. 2012 www.caac.es/programa/alves14/frame.htm

¹² Bermejo Lorenzo, Carmen, “Colombres y los hermanos Ybáñez Posada”, Fundación Archivo de Indianos, 1998, pag. 116

Manuel Ibáñez Posada es el prototipo de indiano. Embarca muy joven, casi niño, con destino a México, con cartas de recomendación para un pariente, bajo cuya tutela irá escalando puestos comerciales. Enriquecido, regresa a España instalándose en Madrid donde vivirá como rentista y será uno de los fundadores del banco Hispanoamericano. Sufraga numerosas obras benéficas (iglesias, el santuario de Covadonga, el cementerio de Colombres, la traída de aguas...) siendo por todo ello nombrado conde de Ribadedeva.

Con posterioridad el Consistorio decidió sustituir la planeada fuente central de la plaza ajardinada, por una estatua al gran benefactor de la villa. El encargado de materializar el homenaje fue el escultor catalán Agustí de Queralt, especialista en grandes monumentos a la alta burguesía española y bien relacionado con la colonia española residente en México. Un lenguaje escultórico que confiere seriedad y aplomo al colombrés, exaltando la noble figura del fallecido nuevo conde. La inauguración en el 1903 supuso todo un programa de festejos sufragados por “suscripción popular”, al igual que la construcción del propio monumento.

En Villaviciosa, la reivindicación de un parque público por parte de algunos ciudadanos tardó algunos años en materializarse; la falta de dinero para poder llevar a cabo tal misión fue subsanada cuando los hermanos Bernardo, Luis y Norberto De la Ballina Fernández¹³, decidieron costearlo en su totalidad. Situado en la parte trasera del Ayuntamiento de Villaviciosa, el **parque Ballina** -agradecido el pueblo lo bautizó con el apellido de tan magnánimos hermanos- se inauguró en 1929. Bebe de una clara influencia del estilo neohispánico que puso de moda Forestier con su célebre parque María Luisa (del que se ha cumplido el año pasado su primer centenario) Fuentes hechas de azulejos, pérgolas igualmente azulejadas, colores alberos... dan ese aire sureño entre las brumas del norte.



En Castropol, el **parque Vicente Loriente** (1911), patrocinado por quien le da nombre, es un bellissimo conjunto rodeado por el casino-teatro, quiosco de música y el monumento central al héroe castropolense caído en la guerra de Cuba, Fernando Villaamil, erigido éste por suscripción popular. El parque que se asoma a la hermosa ría del Eo, constituye uno de los mejores que realizó el capital indiano en Asturias. De nuevo, la fabulosa fortuna amasada en Cuba, permitió al Sr. Loriente -junto con su hermano Francisco- remodelar el que tradicionalmente había sido espacio arbolado donde se celebraban las populares romerías; de este modo cambió radicalmente su fisonomía, adaptándolo más a su gusto y su idea de lo que debía ser una parque. Diversas alineaciones de plátanos, mosaicultura, bancos, jarrones de fundición, quiosco de música ... completan el espacio, imponiendo a los vecinos un modelo ajeno a su antiquísima forma de relacionarse en el espacio público.



13 Valdeón, José “Jardines clásicos de Asturias” ed Cajastur, Oviedo, 2000, pag. 404

La **Plaza de Naves** (Llanes) inaugurada en 1903, de curiosa forma de cono con sus vértices redondeados, tiene un murete de piedra que cierra el perímetro, aísla, delimita y funciona como banco corrido. En su interior, una alineación de plátanos rodea la fuente central. Patrocinada por los hermanos Cueto, residentes en México, es una buena muestra de una pequeña intervención en un contexto totalmente rural, marcado por la agrupación de casas unifamiliares rodeadas de huertas y jardines, en el que se mezclan las residencias con las construcciones típicas de agro astur: hórreos y paneras, cuadras, pajares etc.



Seguimos en el concejo de Llanes, en el pueblo de **La Pereda**, la antigua **carballeira** (o castañedo) fue adquirido por el indiano Diego Bustiello para convertirlo en espacio público, sin caer en la tentación de convertirlo en parque manufacturado. A su alrededor se encuentran la bolera, la escuela, la iglesias y, como no, la propia casa del americano. El conjunto forma un curioso pequeño parque rural, sin proyecto, ni planos definidos.



En **Villamayor** (Piloña) la familia Fabián y otras familias indianas, financiaron el popularmente conocido como “**el Paseo**”. De hecho, en Villamayor encontramos un amplio catálogo de casas hechas con el dinero venido de Ultramar, muchas de ellas muy próximas al nuevo espacio verde. El consabido esquema sencillo con arbolado variado enmarca los restos de la antigua iglesia románica y la actual parroquia.



Somao en Pravia es un lugar para el que “no cabe otro tratamiento que el global, ya que es el más destacado ejemplo de pueblo genuinamente indiano en Asturias”¹⁴. Un conjunto de brillantes casas se reparten alrededor del llamado centro cívico: varias edificaciones de tipo social, -iglesia, cine, escuelas, casa de la maestra- que se alzan en un lateral del parque central, financiado por varias familias cuyo dinero provenía de Cuba. El parque se cierra por un costado con una larga balaustrada que lo protege de la carretera; el resto de la zona verde es bien sencilla, reduciéndose a una amplia pradera y una serie de característicos plátanos recortados.



En **Ortigueira** (Coaña) el argentino Fernando Fernández Jardón cedió el solar para la creación de un parque público y el jardinero para su mantenimiento. Otros vecinos acaudalados tuvieron que costear las obras y el arbolado. No fue mal negocio ya que sólo él obtuvo la gloria eterna, materializada en su busto obra del escultor Benlliure. Se trata, de nuevo, de una obra relativamente sencilla, un espacio rectangular con hileras de plátanos y tilos, cerrado al extremo que toca con la carretera por una elegante reja de hierro. En un lateral se alza el mencionado monumento que mira oblicuamente su casa, la conocida quinta de Fernando Jardón cuyos fabulosos jardines privados se pueden vislumbrar desde las verjas que cierran la finca.



Volviendo de nuevo al oriente asturiano, y al muy indiano concejo de Llanes, en el pequeño pueblo de **Porrúa**, nos encontramos con una curiosísima plaza circular, que casi parece inspirada en la de Colombres. Patrocinada por los “hijos de América”, esta obra de financiación colectiva se construyó sobre una pequeña laguna desecada. De nuevo, los plátanos recortados configuran el arbolado del espacio.



El listado no acaba aquí; aún podemos recorrer entre arboladas sombras la huella indiana: el parque de Luanco, hoy muy desfigurado, la plaza de Cardes (Piloña), las de Arenas de Cabrales y Arriondas... éstos dos últimos ejemplos hechos con posterioridad a la etapa de esplendor indiano.

EPÍLOGO

Alzamos el vuelo sobre este abanico de plazas verdes y pequeños parques públicos; vemos como los tiernos brotes de los árboles empiezan a reclamar la llegada de la primavera asturiana. Los cielos azules y las gaviotas del mar Cantábrico nos traen ecos repetidos de otras orillas americanas y de una aventura que empezó hace más de 150 años. Una aventura forzada que huía de la miseria para buscar un mundo mejor. Cómo rellenó cada emigrante este sueño tan universalmente anhelado nunca lo sabremos, sobre todo porque la mayoría nunca volvió para hacerlo realidad, el sueño del indiano, pero también el sueño del carpintero, el del del minero, el del banquero, el del campesino... este es el sueño de toda la Humanidad, recuperar el paraíso perdido, volver a gozar del Edén, allí donde no se conocía dolor, sufrimiento o muerte... esto es lo que hace que el jardín -y por extensión la naturaleza- sea este lenguaje universal que tanto amamos.



ET IN ARCADIA EGO.

BIBLIOGRAFÍA

Ackermann, James S. "La villa. Forma e ideología de las casas de campo". Akal Arquitectura, Madrid 1987.

Álvarez Quintana, Covadonga "Indianos y arquitectura en Asturias (1870-1930) Colegio de Aparejadores y Arquitectos de Asturias. Gijón, 1989.

Bermejo Lorenzo, Carmen "Colombres y los hermanos Ybáñez Posada" Fundación Archivo de Indianos, Colombres, 1998.

Bermejo Lorenzo, Carmen y Fernández Braña, Alejandro "Casonas de Indianos. Cuadernos de fotografías". Isastur. Asturias, 1999.

Kluckert, Ehrenfried. "Grandes jardines de Europa". Könemann. Colonia, 2000.

Madrid Álvarez, J. C. de la. "El viaje de los emigrantes asturianos a América" Silverio Cañada editor, Gijón, 1989.

Morales Saro, María Cruz y Llordén Miñambres, Moisés "Arte, cultura y sociedad en la emigración española a América", Servicio de Publicaciones, universidad de Oviedo, Oviedo, 1992.

Ojeda G. y San Miguel, J. L. "Campesinos, emigrantes, indianos. Emigración y economía en Asturias 1830-1930" Editorial Ayalga, Salinas 1985.

Pasti, Umberto "Jardines: los verdaderos y los otros" Elba Editorial, Barcelona, 2014.

Valdeón Menéndez, José "Jardines clásicos de Asturias". Cajastur. Oviedo, 2000.

Van Zuylen, Gabrielle "The garden, visions of paradise". Thames and Hudson. London, 1995.

VV. AA. "Historia de los parques y jardines en España". Fomento de Construcciones y Contratas. Madrid, 2001.